



Domingo Quinto de Pascua Ciclo B. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos

Lectura del santo Evangelio según San Juan (15,1-8)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

El Evangelio de hoy, quinto domingo del tiempo pascual, comienza con la imagen de la viña.

«Jesús dijo a sus discípulos: “Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador”» (Jn 15, 1). A menudo, en la Biblia, a Israel se le compara con la viña fecunda cuando es fiel a Dios; pero, si se aleja de él, se vuelve estéril, incapaz de producir el «vino que alegra el corazón del hombre», como canta el Salmo 104 (v. 15). La verdadera viña de Dios, la vid verdadera, es Jesús, quien con su sacrificio de amor nos da la salvación, nos abre el camino para ser parte de esta viña. Y como Cristo permanece en el amor de Dios Padre, así los discípulos, sabiamente podados por la palabra del Maestro (cf. Jn 15, 2-4), si están profundamente unidos a él, se convierten en sarmientos fecundos que producen una cosecha abundante. San Francisco de Sales escribe: «La rama unida y articulada al tronco da fruto no por su propia virtud, sino en virtud de la cepa: nosotros estamos unidos por la caridad a nuestro Redentor, como los miembros a la cabeza; por eso las buenas obras, tomando de él su valor, merecen la vida eterna» (*Trattato dell'amore di Dio*, XI, 6, Roma 2011, 601).

En el día de nuestro Bautismo, la Iglesia nos injerta como sarmientos en el Misterio pascual de Jesús, en su propia Persona. De esta raíz recibimos la preciosa savia para participar en la vida divina. Como discípulos, también nosotros, con la ayuda de los pastores de la Iglesia, crecemos en la viña del Señor unidos por su amor. «Si el fruto que debemos producir es el amor, una condición previa es precisamente este “permanecer”, que tiene que ver profundamente con esa fe que no se aparta del Señor» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 310). Es indispensable permanecer siempre unidos a Jesús, depender de él, porque sin él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). En una carta escrita a Juan el Profeta, que vivió en el desierto de Gaza en el siglo V, un creyente hace la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible conjugar la libertad del hombre y el no poder hacer nada sin Dios? Y el monje responde: Si el hombre inclina su corazón hacia el bien y pide ayuda de Dios, recibe la fuerza necesaria para llevar a cabo su obra. Por eso la libertad humana y el poder de Dios van juntos. Esto es posible porque el bien viene del Señor, pero se realiza gracias a sus fieles (cf. *Ep* 763:

SC 468, París 2002, 206). El verdadero «permanecer» en Cristo garantiza la eficacia de la oración, como dice el beato cisterciense Guerrico d'Igny: «Oh Señor Jesús..., sin ti no podemos hacer nada, porque tú eres el verdadero jardinero, creador, cultivador y custodio de tu jardín, que plantas con tu palabra, riegas con tu espíritu y haces crecer con tu fuerza» (*Sermo ad excitandam devotionem in psalmodia*: SC 202, 1973, 522).

Queridos amigos, cada uno de nosotros es como un sarmiento, que sólo vive si hace crecer cada día con la oración, con la participación en los sacramentos y con la caridad, su unión con el Señor. Y quien ama a Jesús, la vid verdadera, produce frutos de fe para una abundante cosecha espiritual. Supliquemos a la Madre de Dios que permanezcamos firmemente injertados en Jesús y que toda nuestra acción tenga en él su principio y su realización (Benedicto XVI. 6.5.12)



Jesús insiste en el verbo “permanecer”. Lo repite siete veces en el pasaje del Evangelio de hoy. Antes de dejar este mundo e ir al Padre, Jesús quiere asegurar a sus discípulos que pueden seguir unidos a él. Dice: «Permanezcan en mí y yo en ustedes» (v. 4). Este permanecer no es una permanencia pasiva, un “adormecerse” en el Señor, dejándose mecer por la vida. No. El “permanecer en Él” es una permanencia activa, y también recíproca. ¿Por qué?

Porque sin la vid los sarmientos no pueden hacer nada, necesitan la savia para crecer y dar fruto; pero también la vid necesita los sarmientos, porque los frutos no brotan del tronco del árbol. Es una necesidad recíproca, es una permanencia recíproca para dar fruto. Nosotros permanecemos en Jesús y Jesús permanece en nosotros. (...) Después de que Jesús subió al Padre, es tarea de los discípulos, es tarea nuestra, seguir anunciando el Evangelio con la palabra y con obras. Y los discípulos –nosotros– lo hacen dando testimonio de su amor: el fruto que hay que dar es el amor. Unidos a Cristo, recibimos los dones del Espíritu Santo, y así podemos hacer el bien al prójimo, hacer el bien a la sociedad, a la Iglesia. Por sus frutos se reconoce el árbol. Una vida verdaderamente cristiana da testimonio de Cristo (Francisco. 2.5.21).

MEDITACIÓN. PUNTOS DEL P. MORALES

La acción de Dios en el alma suele ser tan lenta como los amaneceres. Poco a poco la intimidad amorosa se va convirtiendo en identificación con Jesús. Sin percibirlo acaso al principio, hasta que un día, admirado, agradecido, y exultante de gozo, descubres que ya no tienes pensamiento, voluntad, corazón propio, sino que tienes el de Jesús. “Vivo yo, ya no soy yo quien vivo, es Jesús quien vive en mí”, te dice San Pablo, revelación divina.

Jesús ya no es exterior, extraño, ajeno, a mí. Sino que, con todas mis limitaciones y miserias, soy uno con Él; uno con Jesús como sarmiento unido a la vid, como miembro de una misma cabeza, como grano de una misma espiga. El "yo" personal mío desaparece absorbido y sustituido por el Yo, con mayúscula, Jesús.

Aquí está el secreto de la gracia del bautismo vivida con intensidad, porque todo esto no es más que consecuencia del bautismo, de ese bautismo que en la confesión frecuente vuelve a renacer con una fuerza inmensa cuando tú te purificas de tus pecados y recibes la absolución de Dios, y que en la comunión se enardece para conseguir ese efecto que Santo Tomás de Aquino marca como característico de la Eucaristía: *transformatio*, transformación en Cristo per amorem.

1. “Yo soy la vid verdadera, y el Padre es el labrador”

Jesús no dice: “Vosotros sois la vid”, sino: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos”. Y esto significa: “Así como los sarmientos están unidos a la vid, de igual modo vosotros me pertenecéis. Pero, perteneciendo a mí, pertenecéis también unos a otros”. Y este pertenecerse uno a otro y a Él, no entraña un tipo cualquiera de relación teórica, imaginaria, simbólica, sino –casi me atrevería a decir– un pertenecer a Jesucristo en sentido biológico, plenamente vital. La Iglesia es esa comunidad de vida con Jesucristo y de uno para con el otro, que está fundada en el Bautismo y se profundiza cada vez más en la Eucaristía. “Yo soy la verdadera vid”; pero esto significa en realidad: “Yo soy vosotros y vosotros sois yo”; una identificación inaudita del Señor con nosotros, con su Iglesia. (BXVI)

Cristo, uno conmigo. Ya lo dijo Jesús: “Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos”. ¡Ven, Espíritu Santo! Porque Él es quien me invita a seguirle, pero es que se mete en mí para empujarme, para mantenerme, para que vayamos juntos en la lucha ahora y después, juntos para siempre en la victoria.

Ven, Espíritu Santo. Para que empiece a entender este misterio. Para esto, la oración de simple presencia, la oración de recogimiento, es indispensable: Soy una sola cosa con él. Y no es una ficción, sino una verdad de fe. En el plan divino, tan unidos a Él estamos como los sarmientos a la vid. Una misma savia circula por ambos. De tal modo nos une Cristo con Él, que todo lo que hacemos a los demás lo considera como hecho a Él.

2. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto

El Padre os podará, para que deis más fruto. Esto ocurre en las almas que pierden su vida en este mundo para ganarlo para la vida eterna. Cada vez que tengo que desaparecer amando, aceptando con alegría, humillaciones, fracasos, incomprendimientos... Es Dios “jugando” con mi alma. Me quiere tanto que me quiere completamente libre. ¿Qué hace Él con los guijarros del Tormes, o del Porma? Si los coges, están muy lisas. Es que han rodado mucho desde los acantilados de las montañas o de las costas o de donde vengan. Han rodado, se han pulimentado las aristas. Así, ludens... Si está jugando con las piedras del río, más jugará con mi vida para que quede completamente limpio para poder amarle más.

El viñador toma la podadera, corta los sarmientos secos y poda aquellos que dan fruto para que den más fruto. Usando la imagen del profeta Ezequiel, Dios quiere arrancar de nuestro pecho el corazón muerto, de piedra, y darnos un corazón vivo, de carne (cf. Ez 36, 26). Quiere darnos vida nueva y llena de fuerza, un corazón de amor, de bondad y de paz. Cristo ha venido a llamar a los pecadores. Son ellos los que necesitan el médico, y no los sanos (cf. Lc 5, 31s).

En esos momentos de prueba y purificación nos sentimos a veces aplastados bajo una prensa, como los racimos de uvas que son exprimidos completamente.

Pero sabemos que, unidos a Cristo, nos convertimos en vino de solera. Dios sabe transformar en amor incluso las cosas difíciles y agobiantes de nuestra vida. Lo importante es que “permanezcamos” en la vid, en Cristo.

3. “Permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí... porque sin mí -separados de mí, podría traducirse también- no podéis hacer nada” (Jn 15, 4. 5b).

“El sarmiento ha de estar en uno de esos dos lugares: o en la vid o en el fuego; si no está en la vid estará en el fuego. Permaneced, pues, en la vid para libraros del fuego” (San Agustín).

Al mismo tiempo, la imagen de la vid es un signo de esperanza y confianza. Encarnándose, Cristo mismo ha venido a este mundo para ser nuestro fundamento. En cualquier necesidad y aridez, Él es la fuente de agua viva, que nos nutre y fortalece. Él en persona carga sobre sí el pecado, el miedo y el sufrimiento y, en definitiva, nos purifica y transforma misteriosamente en sarmientos buenos que dan vino bueno.

Del P. Morales:

Este rato de oración puede ser delicioso si oyes a Cristo que te dice: –Nada puedes sin mí. Pero no te apures. “Yo soy la vid, tú eres el sarmiento”. Y la fuerza que circula por la vid te hará a ti valiente como Esteban, amante como Juan Evangelista, conquistador como el diácono Felipe. Es decir, fervor de cristiano primitivo si me adoras. Porque ser cristiano, ser bautizado consciente, ser militante, es para descubrir y aceptar un vacío. ¿Cuál? El mío, el propio. Y al mismo tiempo para descubrir y aceptar un Dios que nace para llenar ese vacío

El corazón puro, el que a Él le agrada no es el que se preocupa de sus miserias, sino el que no cesa de adorar a Dios. Mira a Jesús y no se pregunta a qué distancia está de Él. Solamente sabe amar. «En sólo amar es su ejercicio. Ya no guarda rebaño ni tiene otro oficio».

Qué maravilla Dios viviendo dentro de mí. Y entonces te explicas tú lo de San Pedro Claver, lo del padre Llorente cuarenta años en Alaska, lo de San Francisco Javier en las indias. Te explicas tú todo. Y tienes al alcance de la mano la solución para vivir bautismo hasta el martirio blanco o el de la sangre.

Jesús trabaja conmigo. Jesús me consuela. Jesús me sostiene. Lo que pasa es que esto solamente se puede comprender si se vive, y en la medida en que se vive se comprenderá mejor y en cuanto se deja de vivir ya oscuridad completa.

San Francisco Javier hablando de los trabajos en las misiones en aquellas islas tan peligrosas, decía que “por amor y servicio de Dios, son tesoros abundantes de grandes consuelos espirituales, hasta tal punto que son islas muy bien dispuestas para un hombre en pocos años, perder la vista de los ojos corporales con la abundancia de lágrimas de consuelo”.

Y el padre Llorente en sus últimos días, le preguntaba un religioso: ¿Qué ha hecho usted en Alaska cuarenta años? Y respondía: Enseñar a persignarse a los indígenas, enseñarles a confesar, enseñarles a comulgar. ¿Y para eso ha estado usted allí cuarenta años? Pero a su hermano Amando le decía: es muy fácil decir que la Iglesia es universal, que está en todas partes, pero si yo no voy a Alaska allí no está la Iglesia...